

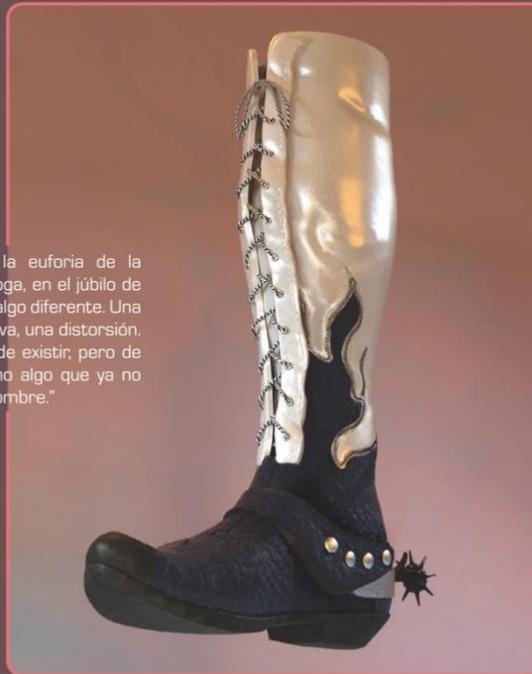
EL JARDÍN DE AL LADO

ADELANTO

VAQUERA
INVERTIDA

McKenzie Wark

"Escondido en la euforia de la leche y de la droga, en el júbilo de no existir; había algo diferente. Una disforia: una curva, una distorsión. Una necesidad de existir; pero de otro modo, como algo que ya no fingiría ser un hombre."



**Fragmentos de *Vaquera invertida*
de McKenzie Wark**

Buenos Aires. Caja Negra. 2022

PIELES Y SIGNOS

112

Las jeringas eran para inyectar éxtasis. Pero primero, un cambio de vestuario. Esta vez llevaba unos jeans súper ajustados, nada de ropa interior y una camiseta con la imagen del disco *Horses* de Patti Smith (en talle pequeño de mujer), como si la tela estuviera sosteniendo mi pequeño cuerpo para impedir que estallara en carne insaciable. Edward hizo los preparativos y me tomó el brazo. Luego del pinchazo salió de la habitación para prepararse un gin tonic sin prisas, dejándome solo con el subidón.

A los pocos segundos estoy ido. Un baño de puro sexo. La carne se sacude, rueda, se agita, retrocede, gira sobre sí misma y pierde las esperanzas de que alguna vez se la cojan. Hay un hundimiento en una demanda altruista, una necesidad pura con un vacío que se arremolina en ella. Un sentido del yo muy replegado se vuelve un único punto de odio y anhelo por Edward que se desenrolla en un tiempo cada vez más profundo, pero que probablemente no superó los tres minutos. Y sin embargo había un amor absoluto por él, que llegaba al filo de la aniquilación. Amarlo para no existir. Una necesidad pasada por alto, barrida, la necesidad de tenerlo adentro, de que él sea el punto en el cual oscilar

entre el ser y el vacío. Finalmente volvió, y fue arrastrado a la vorágine por alguna fuerza innombrable en su interior.

Edgar Allan Poe: “En pocos minutos más, una nueva y radical alteración apareció en escena. La superficie del agua se fue nivelando un tanto y los remolinos desaparecieron uno tras otro, mientras prodigiosas fajas de espuma surgían allí donde antes no había nada. A la larga, y luego de dispersarse a una gran distancia, aquellas fajas se combinaron unas con otras y adquirieron el movimiento giratorio de los desaparecidos remolinos, como si constituyeran el germen de otro más vasto. De pronto, instantáneamente, todo asumió una realidad clara y definida, formando un círculo cuyo diámetro pasaba de una milla. El borde del remolino estaba representado por una ancha faja de resplandeciente espuma; pero ni la menor partícula de esta resbalaba al interior del espantoso embudo, cuyo tubo, hasta donde la mirada alcanzaba a medirlo, era una pulida, brillante y tenebrosa pared de agua, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación al horizonte, y que giraba y giraba vertiginosamente, con un movimiento oscilante y tumultoso, produciendo un fragor horrible, entre rugido y clamoreo, que ni siquiera la enorme catarata del Niágara lanza al espacio en su tremenda caída. La montaña temblaba desde sus cimientos y oscilaban las rocas. Me dejé caer boca abajo, aferrándome a los ralos matorrales en el paroxismo de mi agitación nerviosa”.

Un cuerpo se mueve sinuosamente, como una ola en mi interior; el mío, quizás. Su boca sobre la mía, su lengua tentacular abriéndose camino a la fuerza. “¡Cógeme ahora!” La orden no vino de mí, sino de esa espumosa y burbujeante vulva marina. Él se deshizo del jean y la camiseta. Aquí hay un cuerpo, un mundo desnudo, húmedo y abierto.

Su verga entró fuerte y demasiado rápido. Una ráfaga de relámpagos atravesó estas vísceras. El impacto cedió el paso a ondas sísmicas de carne abriéndose como un envoltorio, exfoliándose y plegándose sobre sí misma una y otra vez. Un cuerpo abriéndose y desapareciendo en olas que se refractan en espuma de datos. Una sensación ni de placer ni de dolor, sino de pura necesidad de no ser, de enfurecer, de encolerizar, de derrocar todas las coordenadas de un yo en un cuerpo.

No sé si él acabó o si yo acabé. Me desmayé. Durante un fractal de tiempo estuve perdido en el aire libre. Todo lo que sé es que nos recostamos en la piscina de nuestro propio sudor durante algún tiempo imposible de medir, llorando juntos, reducidos al estado mamífero de buscar refugio y consuelo en el calor compartido.

114

Lo volvimos a intentar un par de veces más, nunca con el mismo efecto. El bajón se avecinaba, volver a la autopreservación. Yo sabía que podía dejar de consumir, pero no estaba seguro de que Edward pudiera.

LA SOCIEDAD GAY

Vi mucha gente interesante subir por las escaleras de Numbers. Las draconianas leyes australianas contra la calumnia me impiden mencionar algunos de los nombres más jugosos. Además en Numbers no eras tu nombre, eras un número. El nombre que te pusieras no importaba en absoluto.

Algunos me daban la impresión de que podían ser yo en un par de décadas. Fabulosas maricas ardientes, con maquillaje y brillantina. No es un estilo que envejece bien, pero sentía un parentesco, y sabía que no tendrían mucha suerte en los *glory holes*. Por lo general los clones preferían otros clones.

Juliana Huxtable: “Semidioses nacidos de la Tierra, pero de una naturaleza decididamente diferente. Como quería la mitología, los días estaban compuestos de viajes alucinógenos surrealistas, pajas en ronda y amor grupal revivido a través de rituales duraderos que celebraban el universal e inevitable aislamiento existencial de la marica. El día como sol era contradicción (de verdad): la extensión del mundo en general y la prolífica fuerza de la energía solar contrastaban con el juego estático de pajas sacrificiales, mamadas, *fisting* y sexo que se sucedía día tras día”.

Había también algunos que pretendían ser hétero, que no eran públicamente gays pero sí se lo habían dicho a sus esposas, e incluso a veces las traían, como turistas venidos de la heterosexualidad. Siempre temprano, antes de que las cosas se salieran de control. Desde luego, nunca las llevaban a la parte de atrás, donde había acción de verdad. A veces estos honorables casos de pseudoarmario les compraban a sus damas vibradores de alta gama. A veces con sus tarjetas corporativas.

Después estaban las lesbianas. Ellas también venían temprano, a veces en busca de revistas porno gay. Teníamos el Crisco a buen precio.¹³ A veces compraban arneses. Las lesbianas sadomasoquistas eran controvertidas en esa época. Se suponía que las lesbianas no se hacían esas cosas. Se suponía que una ponía flores en el cabello de la otra, que bailaban en círculo tomadas de las manos y se quedaban dormidas, o algo por el estilo. De modo que hacían alguna compra discreta de látigos y cadenas donde no se las veía. Algunas de ellas me conocían y de vez en cuando me invitaban a sus encuentros, no para participar sino como testigo; en cualquier caso, yo era demasiado impresionable. Les gustaban cosas muy *hardcore*.

Pat Califa: “Iduna miró fijo a Kerry a los ojos; estaban cubiertos por gafas de sol espejadas estilo aviador. Usó los diminutos retratos en los cristales para guiar la mano de Kerry mientras hacía dos cortes en el lugar donde los senos se juntaban, una pequeña V en su escote. La sangre comenzó

13. Crisco es una margarina o grasa 100% vegetal que los hombres gays utilizaban como lubricante especialmente para practicar *fisting*. Aún se comercializa hoy en día. El producto era tan popular que muchas discotecas tomaron su nombre, siendo la más conocida Crisco Disco en Nueva York. [N. del T.]

inmediatamente a formar un arroyo, y ella ahuecó las manos debajo de sus senos, ayudando al corsé a arrimarlos lo suficiente como para acumular la sangre y mantenerla en un charco”.

Conocí a Ralph McLean en Numbers. Sabía quién era. Era famoso en esa época por ser el primer alcalde abiertamente gay; el alcalde de Fitzroy, una parte de Melbourne. Era abiertamente gay, pero que había sido un camarada aún parece ser un secreto. Actualmente hay un monumento dedicado a él en Melbourne: el retrato de un precioso hombre joven con abdominales ondulantes que emerge de un velo de cobardía.

Y conocí a James: coqueteó conmigo cuando estaba trabajando en Numbers. Me pidió mi número de teléfono. Por primera vez lo di. Y por primera vez ese obsequio tuvo su recompensa.

EL ARTE DE LA CIRCLUSIÓN

184

Llegamos al club, llamémoslo Club Jouissance.²¹ Decimos nuestros nombres (falsos) en la puerta. Bajamos por las escaleras a un sótano frío, húmedo y polvoriento. Olor a madera prensada, sudor, lubricante y semen. Una base genérica de música disco, luces bajas. Ropa de calle recién usada, colgada en perchas.

Llevo esas botas de cuero negro a la rodilla que parecen gritar “cógeme”, y por encima asoman unas medias de nylon negras nuevas marca Wolford, sujetadas por un portaligas negro de cuero. Arriba, una camisola negra de satén y encaje, regalo de Kathy Acker. Las botas tienen tacos bajos, porque con mis pies torcidos los tobillos no se mueven mucho. El portaligas está bien ajustado, para evitar que el conjunto se desarme cuando las cosas se pongan movidas.

Tú llevas toda ropa para sexo genérica, ajustada y negra; un atuendo sin costuras que hace de tu cuerpo un cuerpo casi impenetrable, como un *catsuit* de Emma Peel. Algo de mi

21. El término francés *jouissance* se emplea en inglés sin traducción para referir al goce tal como lo conceptualizó Lacan. [N. del T.]

conjunto de fantasía ha salpicado el tuyo. Por encima del traje está el resplandeciente arnés plateado, y Purple Reign meciéndose, oscilando de arriba abajo y atrayendo todo tipo de atención.

Megan Milks: “Una de las primeras cosas que la gente menciona sobre Jouissance es el olor. La primera fiesta sexual para mujeres cis y personas trans en Brooklyn se realiza en un calabozo subterráneo donde el aire huele a sexo mohoso. Respirar profundo es como meterse bolas de moho lubricado en las fosas nasales. Potente y cero sexy, ese hedor a moho no solo te tapa los senos nasales toda la noche, sino que además se aferra a tu ropa y a tu cabello mucho tiempo después de que te vas”.

El código de vestimenta indica que solo hay que llevar ropa interior. Hay muchos hombres que deambulan en calzoncillos blancos con sus vergas al aire, revoleando sus erecciones de Viagra, mirando al acecho. Hay banalidad y patetismo en este sex club. Su ordinariéz y vulgaridad tienen cierto encanto de segunda. Hasta los sex club se pueden gentrificar. Pero ninguna de las dos queremos comprometernos mucho esta noche. Mejor dar una vuelta primero, sentir hacia dónde se está dirigiendo la energía o desde dónde está emanando, asegurarnos una estación donde acomodarnos.

La esquina trasera izquierda es para escenas grupales. Hay una persona en cuatro patas, con una verga en la boca y otra en el culo. En la esquina trasera del lado derecho se juntan los que prefieren los látigos y las cadenas. Alguien listo para recibir latigazos se recuesta sobre un almohadón. La sección del medio es un bosque de aglomerado pintado de negro, con recintos de diferentes formas y tamaños; algunos amplios, con superficies horizontales en forma de caja

recubiertas de vinilo negro; algunos pequeños, con solo una plataforma. Uno tiene un *sling*,²² al cual volveremos. Una ensoñación de lencería roja flota sola, la única otra excepción al espectáculo continuo de penes duros.

Adelante a la izquierda está el espacio exclusivo para mujeres. Siempre me pone celosa que el mejor *sling* esté ahí. Miro a través de la cortina translúcida. Está comenzando la acción. Cuerpos que se ordenan. Adelante a la derecha hay un caño de *striptease* y una pista de baile, pero nadie baila mucho. Es un lugar para tomar un respiro, y examinar cuerpos y trajes de *cosplay* bajo la luz de la bola de espejos.

Megan Milks: “Seguimos la promesa de una risa malévola al cuarto trasero, el cuarto de BDSM y el área que peor huele en todo el calabozo. Ajá: la escena de cumpleaños. Reconozco a algunas de estas personas, pero me quedo detrás del umbral de visibilidad, no muy segura del protocolo. N., la persona que cumple años, está acostada boca arriba mientras cinco tiburones femeninos la rodean, simulando que nadan en improvisados disfraces playeros –bikinis y mantas de crochet– con aletas de cartón en sus cabezas, cada una turnándose para ser el tiburón activo. ¡Cójame, tiburones!, grita N. Una risa de ver”.

Camino por el lugar, rozada por las miradas y los cuerpos que pasan; las botas hacen que mis caderas entren en acción, modificando mi postura, haciendo que la energía se disemine y suba por mi columna, un latido plasmático. Observo cómo te observan, me vuelvo una de tus observadores.

22. Un *sling* o *sex swing* es una especie de hamaca o arnés suspendido en el aire diseñado para tener sexo, donde mientras una persona está recostada, la otra puede moverse libremente a su alrededor. [N. del T.]

Purple Reign no es el único dildo con correa esta noche. Vislumbro otro, pero Purple Reign lo supera.

Me coloco en el *sling*, con las botas puestas en los estribos. Ahora que lo toco, y siento su cabeza en mi mano, Purple Reign parece mucho más grande que la verga que usamos siempre. Más tarde comparo sus dimensiones con la que tiene que sustituir esta noche. Tecnología comparada de vergas. Medida en pulgadas, ya que estamos en los Estados Unidos. Jean Genie, mi-tu dildo habitual, mide seis pulgadas de largo, cuatro de diámetro en la cabeza, y se angosta un poco a lo largo del tronco, volviendo a las cuatro pulgadas. Purple Reign mide siete pulgadas y cuatro de diámetro, pero cinco pulgadas de diámetro en la cabeza. Desde ya: no son las vergas más grandes que alguien se haya metido en el culo. Pero yo no soy una fanática del tamaño. Me gustan las vergas más bien medianas. Y subir un talle de verga frente a un público en vivo fue todo un desafío.

Le pongo un preservativo a Purple Reign, y más lubricante que lo habitual. Trajimos el nuestro, lo que probablemente sea la señal más clara de diferencia de clase en este lugar. Aquí solo quiero lubricante de calidad superior. La gigantesca cabeza de la verga presiona sobre el anillo externo. Estiro la espalda en el *sling* y guío su punta con una mano. Empujando la verga cuidadosamente hacia mí, siento cómo me abro en capas de papel mientras su presencia se hace patente en mí, TODO EN MAYÚSCULAS. Quizás esté gimiendo un poco demás. No es dolor lo que experimento. Todo se siente bien. Pero las mediciones están por encima de lo normal. Estamos empezando a llamar la atención.

Una y otra vez empujo la tecno-verga de silicona hacia este culo, sintiendo la adrenalina, el info-pene, y la vuelvo a sacar.

Siento muchos ojos sobre mí. Hombres y vergas, observando. Como si cada uno estuviera mirando con tres ojos. Un coro silencioso. Algunos me tocan, suavemente y sin invadirme, así que los dejo. “No tenemos que hacer esto”, me dices. Lo sé, pero quiero hacerlo.

Siento que no quiero avergonzarme a mí misma, hice de mi capacidad de hacer estas cosas un espectáculo, llamé la atención, y ahora quiero mostrar el pobre currículum de este cuerpo y su experiencia. Actuar. No para ellos, para mí. Solo tengo dos talentos físicos. Casi atléticos: escribir textos y leer vergas. Quiero verga con todas mis fuerzas. No quiero tener que escribir su crónica: el arte queer del fracaso.

Es la explosión de estática sensorial lo que me retiene; saber que desapareceré en una red de nervios. De lo que se trata es de relajarse, de la sensación calma y tierna de un cuerpo expuesto, que simplemente respira, con todas sus conexiones sueltas. Y que después solo tiene que circluir esa cabeza de verga de un tamaño sin precedentes en su interior. Desaparezco en la sensación de abrir y abrir, desarrollándome una y otra vez, capa por capa, volviéndome nada más que carne que se separa, tiembla y se dilata. Ese grito de criatura mutante. El sonido de un animal sintiendo uno de sus raros momentos de deleite genuino.

Tu verga también hace un agujero en el tiempo. Parece una eternidad: descansando ahí, esa cabeza redonda enorme atraviesa el primer anillo de este culo. Cierta equilibrio en la red tiene que restablecerse. Y pasar, después, al segundo anillo. Tentándolo ligeramente, sintiendo la simetría puramente artificial de la verga, su cabeza esférica, su tronco cilíndrico. Luego, el segundo empujón, y está en casa.

Michelle Tea: “Estiré el guante blanco sobre mis dedos y deslicé uno, dos, tres, cuatro dedos en su concha. *Méteme el puño*. ¿Qué? Había leído sobre eso una vez, en un libro de lesbianas. Tu puño. Dios, la energía saliendo a disparos de su pecho”.

Es como si cada uno de los momentos en que eliges que te cojan, cada penetración deseada, cada circlusión, formara un continuum con todos los otros. Algunos son relámpagos suaves, otros son impactos que sacuden los límites (el buen dolor), otros no son tan excitantes. Pero todos esos momentos se anudan en un continuum de ser. De ser la persona cogida. La que abre una superficie plegada en el interior para recibir a una superficie del exterior, revelando que el cuerpo no es más que superficies plegadas, sin interior y sin exterior, sin interioridad en la que pueda esconderse un yo.

Con una verga tan grande los empujones, las metidas y los golpes no pueden ser muy duros. Es cuestión de surfear con ella, dejarse llevar, abrirse a sus movimientos. Sus movimientos más suaves me impiden salir a la superficie. Luego de recibirla con las piernas abiertas, la espalda arqueada, recostada en el *sling* como una ofrenda, voluptuosa y lúbrica como Ariadne, llega la hora de retirarse y repetir el ritual de la penetración, una y otra vez, con variaciones.

Nos pasamos a la plataforma que está detrás del *sling*. Una pausa para arreglar las tiras del portaligas y la parte superior de las medias. Hay empujones entre el público de mirones. Ahora me coges en cuatro. Siento que Purple Reign me llena y me empuja contra el portaligas de cuero alrededor de mi cintura.

Arriesgas algunos empujones fuertes, poniéndote en el papel del cogedor (recuerdo oportunidades en las que te cogí así, pero con un pene meramente humano). Tus manos me sujetan las caderas para hacer más fuerza (como cuando yo sujetaba tus caderas, que se ensanchan desde tu cintura de forma mucho más elegante que las mías).

Se siente como si Purple Reign estuviera apartando órganos de su camino, ahuecando un cuerpo, empujando lo de adentro para afuera, donde se entrelaza contra el portaligas de piel, a punto de estallar, contenido por el ajustado cinturón de cuero en la cintura, y por algún poder mágico de la camisola negra suelta. Emisiones cutáneas de sudor y electricidad. El corazón late late late más rápido que la verga, sincopando. Cogeme hasta que no exista.

190

Al borde del desmayo, pausar, bajar la velocidad. Retirarse. Replegarse. Hora de bajar la marcha y cambiar a la posición de vaquera. Te acuestas en la plataforma, yo cambio el preservativo y vuelvo a lubricarte la verga. La vaquera es difícil para mis tobillos lisiados, pero ahora este cuerpo precogido está a cargo de su propia re-penetración, haciendo el trabajo, montando esa verga bajo la media luz, tocado desde adentro por la historia, con los ojos cerrados para sentir los otros ojos en la escena sin verlos. La posición de vaquera es menos existencial; es más bien placer anal puro. Miro para abajo para verte mirando hacia arriba.

El último acto a veces es difícil. A veces no lo intento. “Hagámoslo.” Ahora intentamos hacer la vaquera invertida. De nuevo arriba, esta vez con la espalda apuntando hacia ti. Es la más intensa, a veces demasiado intensa. Purple Reign se desliza con facilidad esta vez, los anillos se abren de forma muy satisfactoria y en un solo movimiento se fijan en el

lugar justo. (Estoy alardeando para el público.) Desde este ángulo siento que Purple Reign va a atravesar mi espalda, abriéndome el sacro como un alienígena pervertido, de esos que revientan pechos. Pero yo no exploto, solo me siento abovedada y deshuesada por adentro. Carne mutante de monstruo.

Donna Haraway: “Los monstruos han definido siempre los límites de la comunidad en las imaginaciones occidentales. Los centauros y las amazonas de la Grecia Antigua establecieron los límites de la polis central del ser humano masculino griego mediante su disrupción del matrimonio y las poluciones limítrofes del guerrero con animales y mujeres. Los monstruos cyborg definen posibilidades políticas y límites bastante diferentes de los propuestos por la ficción mundana del Hombre y de la Mujer. Un cuerpo cyborg no busca una identidad unitaria, se toma en serio la ironía. Uno es poco y dos es solo una posibilidad. El placer intenso que se siente al manejar las máquinas deja de ser un pecado para convertirse en un aspecto de la encarnación”.

Vaquera invertida: Es lo que me gusta. Y si me pones un revolver en la cabeza y me haces decidir, es quien seré. Lo que responderé cuando me llaman: vaquera invertida. Lo que escogería como género en Facebook si estuviera entre las cincuenta opciones extrañas: vaquera invertida. Esta casi chica que compró su primer par de botas vaqueras antes de ni siquiera saber quién era. Vaquera invertida: La Araña de Venus. Esta neoyorquina, esta casi estadounidense, que viene como muchas otras de las provincias y a la que le gusta recibir verga en ella o en él o en sus antípodas.

Unas manos se estiran para tocar un pene flácido, el mío supongo, pero las aparto suavemente. De cualquier modo

ya acabé. Hay una mancha de semen bautizando estas medias nuevas. La cabeza de esta verga se siente tan grande que hay que sacarla con cuidado. El condón se anuda y se tira. Me limpio el culo. Hora de lavar las manos y los juguetes. Me apoyo en ti, estremeciéndome, palpitando, tambaleante, pensativa, empapada de hormonas. Tan agradecida por tu regalo.

Deambulo con esa sensación de recién cogida, mirando a los demás. Aún abierta, el culo templado. Eso es todo, amigos. Siento que les dimos este espectáculo de sexo, y que ahora podemos dar un paso atrás y ser quienes miran.

Me estás ayudando a abrir sobrecitos de lubricante para esa ensoñación de lencería negra y roja que está intentando hacerle la paja a un hombre desnudo, con poco éxito. Hay una edad en la que la lucha es contra el hastío de todas las sensaciones. Hemos llegado a eso.

DESTINO LATENTE

194

¿Quién es este yo en mi cabeza que piensa que es yo? ¿Quién es este yo que piensa que es la recapitulación de una serie de fases, aventuras, misiones, acontecimientos que lo tallaron en su forma dada? Este yo, en este ahora, recuerda todas las iteraciones pasadas de sí mismo que culminan en este cómico y feliz (o trágico e infeliz) punto argumental. Este yo, en este ahora... olvida todos los otros pasados que no encajan en esta comedia dramática.

Hay algo un tanto retorcido en ese yo, con sus pasados prolijamente podados. Por escrito, como memoria o autobiografía, este arco narrativo de monotonía, de destino cumplido, puede llegar a parecer una vida real. El yo se simula a sí mismo, y proyecta una imagen de sí sobre el pasado que refleja su luz al presente, de modo que el yo presente sienta que de verdad está ahí.

Cuando se escribe el pasado de un yo, se produce un implante de memoria. Desde el comienzo del relato, le anticipa silenciosamente al lector los zigs y los zags de un tiempo futuro antes de que ocurran. Para el lector, las narraciones en primera persona parecen funcionar hacia adelante, una fase

que sigue a otra. Un hilo sedoso escabulléndose, suspendido sobre el vacío de la página. Terminará por revelarse algo que estaba ahí en secreto todo el tiempo.

El lector sigue adelante, una oración tras otra, corriendo tras una línea. Pero el escritor araña todo el tiempo tuvo un plan, y extiende la línea para revelarle el patrón de la vida al lector como si fuera su descubrimiento. Un relato es una treta de la memoria.

Eso parecería ser este relato. Todo lo que este chico necesitaba era una Buena Mujer que lo dejara vestirse de mujer de vez en cuando y que se lo cogiera por el culo. Ahora que sabemos el final, entendemos que eso siempre estuvo ahí. Final de temporada; aparecen los créditos.

Pero no fue así. Pasaron otras cosas. Este yo se convirtió en alguien distinto, en algo distinto, y ese relato ya no tenía sentido. Ya ni sé quién era antes. Algún otro yo se desprendió del iceberg del tiempo, y está soñando con la interminable capa de hielo de la que imagina que vino.

Este otro yo decidió un día que es trans.

Veronica Scott Esposito: “A menudo me habían enseñado que los deseos innegables no son fundamentos aceptados para las verdades. Son caprichos, debilidades que toman de presa a los histéricos. El verdadero hombre aprende a subyugarlos. Las convenciones que me habían instalado a los golpes eran poderosas. Me había tomado años hacer lo que estas convenciones exigían, y ahora estaba en el proceso de deshacerme de todo, de volver absurdo mi cuerpo. No estaba en absoluto preparada para aguantar este desplazamiento. En esa temporada sentí que mi yo interior era una

joven mujer que lucha por la autoposición para liberarse de las falsedades”.

Ahora todos los relatos de este yo y de su pasado se leen de forma diferente, y si no pueden ser leídos de modo que encajen, son olvidados. Ahora hay nuevas facetas de este yo pasado. Pero no les hablaré de esas nuevas facetas. Resistiré la tentación de volver a implantarlas en el pasado, como si este yo futuro siempre hubiera estado allí.

Grace Lavery: “Cualquier decisión, incluso una decisión sobre las cuestiones más fundamentales, de vida o muerte, contiene un sustrato de capricho. Una de las cosas que me asustaba, creo, era pensar que podía quedarme sin fases: que ahora que había hecho algo así como una declaración definitiva sobre quién era, los primeros treinta y cinco años de experimentación e improvisación habían llegado a su fin, y debían ser reemplazados por algo sombrío y hasta ligeramente triste. Tal vez se pueda pensar el periodo de mi vida que va hasta este momento como un periodo de latencia”.

El destino manifiesto, de pueblos y personas luchadoras, se despliega hacia una causa final: el fin es un estado emergente en su forma inicial. El destino latente, de pueblos y personas, se desmorona cuando el fin resulta ser distinto al prometido. El fin termina revelando un impulso oculto.

Pero tal vez no hay destino, solo el capricho de la historia. El fin en verdad nunca expresa la esencia o la apariencia de un comienzo. Siempre aparece algún detalle que empuja hacia afuera del camino. Todo lo que se esfuerza y aguanta siempre se distrae con misiones secundarias.